

Entrevista a José de Souza Silva (JSS) por la Fundación Rosa Luxemburgo (FRL)

La colonialidad de la institucionalidad del orden capitalista La dimensión institucional de la colonialidad del poder, saber, ser y naturaleza

(Introducción y contextualización de la entrevista)

FRL: *¿Por qué es importante una reflexión crítica sobre la institucionalidad? ¿Cuál es el rol de las instituciones en la vida diaria?*

JSS: Las instituciones condicionan la naturaleza y dinámica de la vida social organizada; una sociedad opera a través de sus instituciones. Con la función de instituir, o sea, establecer hábitos de comportamiento, para que éstos sean regulares, previsibles y controlables, las instituciones moldean percepciones, pautan conductas, condicionan decisiones, rigen intervenciones e inciden incluso sobre nuestro sentido ético y estético de la vida. Es a través de prácticas institucionales, que el poder dominante nombra, ordena, clasifica, normaliza, homogeneiza, planifica, regula, aglutina/separa, incluye/excluye, castiga/premia, evalúa, jerarquiza e instituye verdades y certezas sobre qué hacer y qué no hacer, qué es falso y qué es verdadero, qué voces escuchar y cuáles ignorar, qué saberes cultivar y cuáles silenciar, incluso establece la metainstitución del lenguaje (oficial). Lo asustador es que, una vez establecido, un orden institucional gana una dinámica propia fuera del control de sus creadores. Un orden institucional solo puede ser reemplazado, nunca reformado, pues sirve apenas a su propósito original.

Por tanto, son prácticas institucionales las que introducen en la vida cotidiana de las personas comunes el discurso hegemónico (fuente de realidad), reglas políticas (fuente de poder), autoridades epistemológicas (fuente de verdades), significados culturales (fuente de sentido) y arreglos institucionales (fuente de comportamiento) que moldean las prácticas sociales (fuente de cambios) de dichos actores. La importancia de las instituciones en el funcionamiento de la vida social es tanta que el fenómeno de la vulnerabilidad-sostenibilidad de una sociedad se expresa principalmente a través de la vulnerabilidad-sostenibilidad de sus instituciones. Por eso, sin un orden institucional, moderno/colonial, para establecer el sistema-mundo hubiera sido imposible la expansión del capitalismo a través de la colonización y de la actual globalización. Entre los fragmentos de la historia institucional del capitalismo, Adam Smith fue el preclaro paladín de las instituciones económicas sólidas; hoy, los paladines son instituciones como el Banco Mundial (BM), Fondo Monetario Internacional (FMI), Organización Mundial del Comercio (OMC) y Organización de las Naciones Unidas (ONU), que promueven las instituciones como el factor determinante del crecimiento económico, creen que la cualidad de las instituciones prevalece sobre la geografía y la integración comercial, plantean las instituciones como solución para problemas de subdesarrollo y recomiendan la nueva economía institucional como guía de las reformas institucionales en los sectores judicial, legal, educativo, bancario, de mercados de capital y de la administración pública. Sin embargo, en el contexto de la crisis civilizatoria en curso, o sea, del actual cambio de época histórica, todo está en crisis, incluso la institucionalidad del capitalismo global que agoniza en su crisis sistémica. Eso plantea una pregunta de investigación, filosófica y práctica, tan relevante como urgente: si todo está en crisis, ¿cómo pensar una forma de superar la crisis si también está en crisis la forma (dominante) de pensar?

FRL: *¿En qué medida las instituciones actuales (del Estado, la escuela, la iglesia, los medios de comunicación, la familia) reproducen la colonialidad del poder, del saber, del ser y de la naturaleza?*

JSS: En cada época, la historia cultural de la matriz institucional de una sociedad consolida un conjunto de ‘premisas’ para explicar qué es y cómo funciona la realidad. Ese conjunto de ‘verdades’ funciona como un lente cultural, una visión de mundo que condiciona la naturaleza y dinámica de los modos de interpretación y modos de intervención vigentes. Dentro de una época, la visión de mundo hegemónica influencia en mayor o menor grado la textura cultural de las visiones de mundo de los actores sociales, económicos, políticos, institucionales. Algunos actores deliberadamente, pero muchos ingenuamente, legitiman, promueven, reproducen, dichas premisas en su vida diaria a través de sus discursos y prácticas, o sea, sus modos de interpretación e intervención. Globalmente, la red institucional liderada por el BM, el FMI, la OMC la ONU opera el proceso institucional —*capitalista, racial, patriarcal, epistemicida, etnocida, ecocida*— de reproducción de las relaciones, significados y prácticas que inciden transversalmente sobre el trabajo, la naturaleza, el sexo, la subjetividad y la autoridad, cuya estructura y dinámica resultantes Aníbal Quijano conceptúa como la colonialidad del poder (patrón global de poder creado por el colonizador para controlar la subjetividad de los pueblos colonizados), que atraviesa también el saber (geopolítica que establece el eurocentrismo como la perspectiva única del conocimiento), el ser (la dimensión ontológica de la colonialidad que se afirma en la violencia de la negación del Otro) y la naturaleza (la separación artificial del ser humano de la naturaleza para reducir ésta a materia inerte, observable, controlable, predecible, privatizable, mercantilizable, usable). Nacionalmente, ese proceso no sería exitoso sin la complicidad (lograda a través de la corrupción) de las elites y gobiernos de los países vinculados al sistema-mundo. En una sociedad, el Estado es la principal contraparte de la institucionalidad capitalista global, coadyuvado por otras instituciones, como el banco central, ministerio de economía y sistemas de educación, comunicación e innovación oficiales; reproducir las condiciones que sustentan la colonialidad y su dinámica es parte constitutiva de su mandato y *modus operandi*.

Históricamente, el Estado moderno, eurocéntrico, fue establecido en territorios del Sur global precisamente para reproducir las condiciones constitutivas de la colonialidad del poder, amigables al sistema capitalista emergente y a la dicotomía superior-inferior imprescindible a su expansión imparable e incontrolable. Para formar mentes dóciles y cuerpos disciplinados, la educación fue concebida a partir de la pedagogía de la respuesta para formar “receptores” de valores, ideas, conceptos, teorías y modelos universales concebidos por el superior (civilizado en el pasado y desarrollado en el presente), y “seguidores” de caminos construidos por ese superior. Vamos a la escuela, del kínder al doctorado, memorizar respuestas construidas sin nuestra participación por actores que formularon sus preguntas lejos de nuestras realidades y sin compromiso con nuestro futuro. En ese ámbito, lo que opera es lo que Jean-Claude Michéa conceptúa como la **escuela de la ignorancia**, cuya misión es embrutecernos, entorpeciendo nuestra imaginación para esterilizar la vitalidad del pensamiento creativo, lo que resulta en la reducción creciente de la inteligencia crítica y, así, de nuestra capacidad para comprender a un tiempo el mundo que nos ha tocado vivir y a partir de qué condiciones la revuelta contra ese mundo se convierte en una necesidad moral. Por eso, para esterilizar espíritus revolucionarios y amputar nuestra voluntad de cambiar el mundo, la educación neocolonial no emociona, no apasiona y no compromete a nadie con la vida. Como una gran

parte de la población no tiene acceso a la educación formal, los medios de comunicación dominantes cumplen, para las “masas”, la misma función de la educación. Es preocupante entender que en una sociedad la mayoría ignora que muchas de las premisas que orientan muchas de sus decisiones y acciones son falsas verdades que inspiran falsas promesas y soluciones inadecuadas; o son premisas irrelevantes, concebidas por un grupo particular de actores, bajo sus valores, intereses y compromisos, que no necesariamente son convergentes con nuestras realidades, historias, saberes, sueños locales. La familia y la Iglesia son instituciones efectivas reproduciendo la colonialidad del poder, saber, ser y naturaleza; la familia, lo hace diariamente repitiendo verdades sobre el ser humano, la sociedad, la naturaleza, en fin, sobre qué es y cómo funciona la realidad, mientras la Iglesia hace lo mismo semanalmente, todos los Domingos, a través principalmente de la práctica institucional del sermón, bajo la cosmovisión judeo-cristiana.

FRL: *¿De qué manera, según su forma de ver, fue organizada la institucionalidad para el desarrollo?*

JSS: Los imperios occidentales que adoptaron el capitalismo entendieron que el sistema era expansionista, por su objetivo fijo de producción infinita de riqueza material a través de crecimiento económico ilimitado con lucro máximo a corto plazo y a cualquier costo. En el intento de saciar su hambre insaciable, el sistema se alimenta de mercados cautivos, materia prima abundante, mano de obra barata, mentes obedientes y cuerpos disciplinados, violando inescrupulosamente lo humano, lo social, lo cultural, lo ecológico y lo ético. Como el territorio de lo que hoy se llama Europa era insuficiente para satisfacer la expansión continua del sistema, la colonización fue la primera estrategia para la expansión territorial y cultural de la producción y acumulación capitalistas. Para viabilizar dicha estrategia, algunos imperios occidentales instituyeron la existencia de razas superiores e inferiores, creando la dicotomía superior-inferior a partir de la cual la raza blanca, superior, actúa bajo el “derecho del más fuerte”, o sea el derecho a la conquista, dominación y explotación. El mismo Rousseau concluyó que el más fuerte institucionaliza sus relaciones asimétricas de poder con el más débil para asegurar para sí la mayor parte de los beneficios derivados de ese proceso desigual por el mayor tiempo posible. Como las palabras superior e inferior no facilitaban las emergentes relaciones internacionales asimétricas, dichos imperios reemplazaron la palabra superior por “civilizado” y la palabra inferior por “primitivo”. Sin embargo, todavía faltaba una idea seductora para ocultar el capitalismo y la dicotomía superior-inferior que viabiliza su expansión violenta e injusta. La idea que galvanizó mentes y sedujo corazones de casi todas las geografías, ideologías y religiones fue la “idea de progreso”. Su atracción residía en su promesa de prosperidad, felicidad y paz para todos los pueblos que adoptaran la ciencia, tecnología e innovaciones occidentales. La palabra capitalismo no fue incluida en el discurso público de la colonización como una misión “noble” a través de la cual el civilizado ayudaría al primitivo a ser como él; la palabra “progreso” hizo innecesaria la palabra capitalismo. Por eso, el mundo fue ordenado para el “progreso”, o sea, para el capitalismo. Para la humanidad, “ser civilizada” no era una opción sino su destino.

Sin embargo, después de la Segunda Guerra Mundial, la humanidad se desencantó con la idea de progreso, tanto porque sus promesas no fueron cumplidas como porque comprendió que las ciencia y la tecnología occidentales participaron en la “solución final” para la cuestión judía, el Holocausto, y en la construcción de la bomba atómica lanzada sobre Hiroshima y Nagasaki. Los Estados Unidos, entonces potencia hegemónica, aprovecharon los resultados de la guerra para fingir que serían un imperio diferente y más

generoso que los anteriores. Entre otras estrategias, reemplazó la palabra civilizado por “desarrollado” y la palabra primitivo por “subdesarrollado”, para camuflar la dicotomía superior-inferior que continuaría a practicar y reproducir. La cooperación internacional fue la principal estrategia concebida tanto por los Estados Unidos como por la Unión Soviética para operar institucionalmente dicha dicotomía. Así, a partir de la Segunda Guerra Mundial, el mundo fue reordenado para el desarrollo, dando inicio al actual imperialismo sin colonias, que reemplazó la colonización por la globalización neoliberal. Obviamente, las promesas del desarrollo no fueron cumplidas, ni siquiera en los Estados Unidos, que ya no posa de modelo de sociedad a ser emulada: el “*American Way of Life* no es sostenible pues, para mantenerlo, los Estados Unidos consumen el 40% de todos los recursos naturales consumidos en el mundo, el país ya es el más desigual entre sus pares, los “desarrollados”, y su sociedad es ahora la campeona mundial del consumo de drogas por no encontrar sentido para la vida en la *civilización del tener*.”

En el pasado, una institucionalidad capitalista, moderna/colonial, fue establecida para viabilizar la consolidación del sistema-mundo, durante el colonialismo imperial, a través de técnicas coloniales de dominación, algunas de las cuales son todavía vigentes: (1) formación y enriquecimiento, a través de la corrupción, de elites criollas comprometidas con los intereses externos; (2) creación de deudas externas para hacer dependientes esas elites, para que no desistieran de mantener un esquema tan desigual para su sociedad; (3) establecimiento de ejércitos locales para defender las elites de su misma sociedad, que podría rebelarse ante el esquema desigual que no beneficiaba a la mayoría y matar la pequeña elite dominante; (4) concepción de una educación domesticada y domesticadora, a partir de la pedagogía de la respuesta, para convencer a todas y todos del origen “natural” de la desigualdad, lo que fue facilitado por el Papa León XIII que, en la *Rerum Novarum*, publicada el 15 de mayo de 1891, institucionalizó la desigualdad como un fenómeno natural, estableciendo la “verdad” de que algunos nacen favorecidos y otros desfavorecidos; (5) establecimiento de un sistema de comunicación dominada para cumplir la misma función de la educación oficial entre los que no tenían acceso a la educación formal; (6) creación de ciencias coloniales en algunas universidades para formar inocentes útiles, profesionales especializados en el arte de colonizar, o sea, transformar primitivos en civilizados; e (7) imposición de la religión católica, manipulada bajo la cosmovisión judeo-cristiana, para instituir la realidad desigual emergente como un plan divino imprescindible para la salvación de las “almas primitivas”.

Después de la Segunda Guerra Mundial, bajo el liderazgo del vencedor de la guerra y sus aliados, el orden institucional capitalista fue reconfigurado para viabilizar el actual imperialismo sin colonias, a través de técnicas neocoloniales de dominación: (1) creación de espacios multilaterales, sin historia ni contexto, donde los que ahí deciden no son electos para que los electos no decidan, configurando un gobierno mundial sin Presidente ni elecciones y reduciendo la democracia representativa a una democracia de un día, el día del voto; (2) establecimiento de reglas transnacionales, como los Tratados de Libre Comercio (TLCs), que no son tratados ni libres ni de comercio, sino la gramática económica corporativa que homogeneiza procesos y protege los intereses globales y la ambición expansionista de las corporaciones transnacionales; (3) creación de dispositivos institucionales supranacionales, como la OMC y la Organización Mundial de la Propiedad Intelectual (OMPI), para legitimar y manejar el nuevo régimen de producción, consumo y acumulación capitalistas, viabilizado por una economía inmaterial, una infraestructura de comunicación por la cual fluyen capital, información y decisiones, y capitalistas impersonales y apátridas, que son las corporaciones transnacionales, los

nuevos amos del universo; (4) creación de estudios de desarrollo, en reemplazo de las ciencias coloniales, para formar inocentes útiles, profesionales especializados en el arte de desarrollar, o sea, transformar subdesarrollados en desarrollados; y (5) renovación de la meta universal para todos los pueblos, “ser desarrollados”, en reemplazo de la antigua, “ser civilizados”, lo que resultó en el actual escalonamiento evolucionista de los países: subdesarrollados, en desarrollo, emergentes (BRICS) y desarrollados, o sea, pre-capitalistas, en vías de ser capitalistas, a un paso de graduarse como capitalistas y capitalistas. Así, el Producto Interno Bruto (PIB) ganó el estatus de institución, o sea, una regla universal para ordenar los países, del más al menos “desarrollado”. Recordemos que Robert F. Kennedy fue asesinado durante su campaña para Presidente de los Estados Unidos, dos semanas después de criticar ese indicador en su discurso del 18 de marzo de 1968: “El PIB lo mide todo excepto lo que hace que valga la pena vivir la vida”.

En ese contexto fue concebido el desarrollo internacional, una gran hipocresía organizada dependiente de la estrategia política del uso institucionalizado de la mentira como filosofía de negociación pública. Una de esas mentiras es el concepto de “desarrollo sostenible”, que no es un concepto, sino una promesa incumplida. El desarrollo sostenible promete atender a las necesidades del presente sin comprometer a la capacidad de las generaciones futuras atendieren sus propias necesidades. Un concepto es una construcción para generar comprensión; en relación a la sostenibilidad, conceptualmente, la sostenibilidad implica cultivar las relaciones, significados y prácticas que generan, sustentan y dan sentido a la vida humana y no humana, para que entendamos que aportamos a la sostenibilidad de la vida todas las veces que cuidamos de una de esas relaciones, significados y prácticas, y que creamos vulnerabilidad siempre que violamos cualquiera de esos aspectos. Sin embargo, manejados por “control remoto” cultural, seguimos retóricamente reproduciendo la promesa del desarrollo sostenible como si fuera un concepto, en nuestros discursos y propuestas, en nuestra vida diaria.

FRL: *¿Quiénes son los actores principales de la creación y reproducción de la institucionalidad colonial y capitalista?*

JSS: El ordenamiento institucional del mundo para el “progreso”, o sea, para el capitalismo, fue establecido por imperios occidentales, elites criollas locales y autoridades de la Iglesia católica, como el Papa Alejandro XVI que dividió el “Nuevo Mundo” en dos partes, que entregó a los imperios portugués y español (Tratado de Tordesillas). El reordenamiento del mundo para el “desarrollo”, o sea, para el capitalismo, ocurrió bajo el liderazgo del vencedor de la Segunda Guerra Mundial y sus aliados. A lo largo de la historia moderna, en las pocas veces que hubo un giro geopolítico radical en el poder mundial, el nuevo centro de poder reconfiguró la dimensión institucional dominante para que ésta realizara la nueva tarea de instituir, legitimar, reproducir y ser guardiana de su hegemonía. Eso fue lo que pasó cuando el centro del poder capitalista global giró de Europa occidental hacia Norteamérica como resultado de la Segunda Guerra Mundial. En el proceso de instituirse como la potencial capitalista global, los Estados Unidos crearon instituciones imprescindibles para establecer su hegemonía en el sistema-mundo moderno/colonial. Del 1 al 22 de junio de 1944, fue realizada una conferencia en Bretton Woods, New Hampshire, Estados Unidos, para instituir una red de prácticas institucionales que garantizaran el flujo de los beneficios derivados de los resultados de la guerra a favor del vencedor y sus aliados. Lideran hoy esa red el BM, el FMI y la OMC. Otra conferencia fue realizada en junio de 1945, en San Francisco, Estados Unidos, cuando fue creada la ONU, que creó agencias y programas, como el Programa de

las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Con la sede de la ONU en Nueva York y del BM y FMI en Washington, no hubo duda sobre quién era la potencia hegemónica en el comando del significado de la ‘idea de desarrollo’ y, por ende, del mal llamado ‘desarrollo internacional’. Inicialmente, el FMI tenía su foco en los países industrializados del Norte, el BM debía ocuparse de la reconstrucción de la Europa destruida por la Segunda Guerra Mundial y la ONU se ocuparía de la consolidación de la paz, uniendo a las “naciones desunidas” con la promesa del desarrollo, de prosperidad y felicidad para todos que aceptaran la ‘normalidad’—*nuevo orden económico, político, militar, institucional mundial*—establecida por el vencedor de la guerra y sus aliados. Después, el BM, la ONU y el FMI cambiaron su foco hacia el Sur. La ‘agenda’ impuesta por los Estados Unidos fue la recolonización del “Tercer Mundo” por otros medios, como, por ejemplo, a través de la “cooperación para el desarrollo”. Eso ocurrió en el contexto del inicio de la llamada Guerra Fría. El “comunismo” fue la etiqueta usada para construir una cultura del miedo ante el ‘enemigo público’ número uno de la humanidad, que después del 11 de septiembre de 2001 fue reemplazado por el “terrorismo”.

Para contener la amenaza roja, fue creada la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). En nuestro continente fue creado el Tratado Inter-Americano de Asistencia Recíproca (TIAR) y la Escuela Inter-Americana de Defensa (EIAD), que apoyaron crueles dictaduras militares bajo la estrategia de confundir nacionalismo con comunismo. Independiente de sus funciones particulares, dichas instituciones reprodujeron en sus discursos y prácticas institucionales el nuevo credo del desarrollo derivado del discurso inaugural de Truman, el 20 de enero de 1949, cuando prometió “ayudar” a las “áreas subdesarrolladas” del mundo. Desde el poder, Truman institucionalizó el reemplazo de la dicotomía civilizados-primitivos por otra, desarrollados-subdesarrollados, que complementaría su sentido político-ideológico-epistemológico con otra clasificación, Primer, Segundo y Tercer Mundo(s), legitimada “científicamente” por el artículo *Trois Mondes, une planète* (Tres Mundos, un planeta), “encomendado” al Demógrafo francés Alfred Salvy y publicado el 14/08/1952 en *L’Observateur*, Paris. Nacionalmente, la tarea es ejecutada por gobiernos e instituciones restructuradas, cooptadas, creadas para dicha tarea. Así, los poderes ejecutivo, legislativo y judicial, en general, y los ministerios, el Banco Central y los sistemas de educación, comunicación e innovación oficiales, en particular, además de otras entidades no estatales comprometidas con el orden capitalista mundial, como la iglesia y muchas sociedades secretas, constituyen (algunos deliberadamente y otros ingenuamente) la institucionalidad que opera nacional y localmente, formal e informalmente, como contraparte de la institucionalidad oficial del capitalismo global en su tarea planetaria de promover, legitimar, defender y reproducir la colonialidad del poder, del saber, del ser y de la naturaleza. La mayoría de esas instituciones adopta y reproduce, en mayor o menor grado, a las reglas del “juego del desarrollo”, o sea, del “juego del capitalismo”, transferidas internacionalmente por dispositivos político-institucionales, como Alianza para el Progreso, Revolución Verde, Plan Mundial de Alimentos, Consenso de Washington, TLCs, Ajustes Estructurales, proyectos de cooperación, Cumbres, Conferencias, postgrados, bloques regionales.

FRL: *¿Cuáles son las rupturas que deben hacerse —desde lo subjetivo, desde lo cultural— para diseñar otro tipo de instituciones con espíritu de desobediencia a la “normalidad capitalista” neoliberal?*

JSS: Ver bien no es ver todo, sino ver lo que la mayoría no ve. Para ver lo que la mayoría no ve es necesario mirar donde la mayoría no está mirando. Si la mayoría mira don-

de le mandan mirar, ignorando ángulos de lo que necesita aceptar, modificar o rechazar, invitamos a esa mayoría para espacios y procesos en los cuales pueden percibir relaciones, significados y prácticas emergentes capaces de fortalecer y transformar de forma relevante sus estrategias de disidencia y resistencia contra-hegemónicas. Para las pensadoras y pensadores desobedientes de *Abya Yala*, que perciben o proponen muchas de estas relaciones, significados y prácticas emergentes, como, por ejemplo, el Grupo Permanente Sobre Alternativas al Desarrollo, creado por la Fundación Rosa Luxemburgo en América Latina, existen algunas tareas críticas a realizar, para viabilizar algunas rupturas críticas para la creación de institucionalidades otras, contra-hegemónicas. Entre esas tareas: (1) crear *ágoras*, o sea, espacios democráticos para la interacción intercultural, interétnica, interinstitucional, entre los actores sociales, económicos, políticos, institucionales que necesitan emocionarse, apasionarse y comprometerse con la construcción colectiva de futuros relevantes para sus familias, comunidades, pueblos, sociedades; (2) en dichas *ágoras* y bajo la autoridad del argumento, y no del argumento de la autoridad, convencer dichos actores de la relevancia de un proceso de descolonización del pensamiento, para que éstos participen de procesos de construcción negociada de otro tipo de comprensión crítica de su pasado, otro tipo de evaluación ética de su presente y otro tipo de exploración prospectiva de otro futuro relevante y posible para los participantes de dicho esfuerzo. Con su pensamiento emancipado, esos actores participarán de la descolonización de la historia, la política, la economía, la cultura, la educación, la agricultura, la salud, la comunicación, la cooperación, la innovación; (3) liderar (facilitando) la descolonización de la idea de “progreso/ desarrollo”, la dicotomía superior-inferior, las instituciones modernas y los marcos intelectuales derivados de esa idea, porque somos todavía rehenes de muchas trampas ideológico-culturales, político-institucionales, teórico-conceptuales, metodológico-gerenciales que sustentan el orden del desarrollo, o sea, del capitalismo; (4) sembrar semillas de indignación y esperanza para movilizar la imaginación, capacidad y compromiso de determinados sujetos políticos activos, como los movimientos sociales, cuyo potencial no siempre está dirigido a minar la institucionalidad capitalista hegemónica ni a la construcción de otras institucionalidades contra-hegemónicas; (5) hacer visible la “normalidad institucional”, formal e informal, que mantiene el mundo ordenado para el desarrollo, invitando los “anormales” a la desobediencia política y epistémica para reorientar el mundo para la vida; (6) divulgar criterios que permiten distinguir *alternativas de desarrollo*, como las teorías y modelos alternativos de desarrollo que proliferan en el mundo, de *alternativas al desarrollo*, como el paradigma *Sumak Kawsay/Suma Qamaña* (Buen Vivir/Vivir Bien) emergente en la Región Andina, para fortalecer la construcción colectiva de *alternativas al desarrollo*; (7) sensibilizar sujetos políticos comprometidos con la transformación relevante del mundo, para el potencial y el uso práctico de la perspectiva decolonial, para que éstos perciban, denuncien y minen la colonialidad del poder, del saber, del ser y de la naturaleza en su vida diaria; y (8) crear y divulgar premisas decoloniales más allá de los espacios académicos y técnicos, a través de procesos interactivos y de aprendizaje social, para aumentar el número de los actores emocionados, apasionados y comprometidos con el proceso de descolonizar el mundo para reencantar la vida.

Prudentemente propongo también desarrollar el concepto de colonialidad de la institucionalidad, porque es el orden institucional capitalista, o sea, la dimensión institucional del capitalismo global, la que implementa, promueve, protege y reproduce la colonialidad del poder, del saber, del ser y de la naturaleza. Es crítico construir ese concepto y una etnografía institucional cuyas premisas filosóficas (ontológicas, epistemológicas, metodológicas y axiológicas) faciliten la decolonialidad de la institucionalidad. En otras

palabras, para apoyar iniciativas radicales dirigidas a la creación de institucionalidades contra-hegemónicas, necesitamos construir tanto el concepto de colonialidad de la institucionalidad como el correspondiente camino metodológico para realizar la decolonialidad. Dicho camino necesita ser filosóficamente concebido desde la perspectiva decolonial. Por tanto, hablo de una etnografía institucional transgresora, insurgente, necesariamente emancipadora, para, en palabras de Arturo Escobar en *La Invención del Tercer Mundo*, “hacer visible el trabajo de las instituciones, que culturalmente hemos aprendido a ignorar, el papel de las prácticas institucionales en la construcción del mundo, para discernir cómo vivimos e incluso cómo nos producimos, dentro de espacios conceptuales y sociales, tejidos como una fina telaraña, por la monótona pero efectiva labor de instituciones de diferentes tipos, explicando también la producción de la cultura que hacen las instituciones, que son en sí mismas el producto de una cultura determinada”.

FRL: *¿Quiénes son los actores que construyen la institucionalidad contrahegemónica? ¿Hay ejemplos concretos de instituciones contra-hegemónicas?*

JSS: La esperanza de transformación relevante de un determinado orden institucional dominante reside en que siempre hay disidencias y resistencias a toda institucionalidad hegemónica; ésta crea, legítima y reproduce violencias, desigualdades, injusticias. Desde esas disidencias y resistencias emergen iniciativas contra-hegemónicas, incluyendo iniciativas para construir institucionalidades alternativas a la que es dominante. Una institución es una regla, o una fuente de reglas, formales (leyes, políticas, lineamientos, programas, proyectos) e informales (valores, creencias, símbolos, rituales, significados), para inspirar, orientar, pautar el modo de vida, o sea, la filosofía de vida, o sea, la forma particular de ser, sentir, pensar, hacer, producir, consumir e incluso de hablar de un individuo, una familia, una comunidad, un pueblo, una sociedad. Una persona, muerta o viva, puede también transformarse en una institución. Por ejemplo, para la humanidad, Gandhi es un ejemplo de persona que se constituyó en una institución después de su muerte, mientras Fidel Castro ya alcanzó el estatus de una institución aún vida.

Vamos ahora a la respuesta a la pregunta. Históricamente, en cualquier época, siempre hubo disidencias y resistencias a la institucionalidad hegemónica, incluyendo iniciativas para crear institucionalidades contra-hegemónicas. Por causa de la crisis civilizatoria en curso desde la década de 1960 del siglo XX, en América Latina en particular coexisten tres tipos de institucionalidades. La primera es la **institucionalidad hegemónica** global, que incluye, por ejemplo, el BM y su contraparte regional el Banco Interamericano de Desarrollo (BID). En la actual crisis civilizatoria, dicha institucionalidad finge cambiar para que nada cambie, en el vano intento de evitar su mismo colapso en el contexto de la crisis sistémica del capitalismo global. Pero esa institucionalidad no se reforma; su naturaleza y su dinámica particulares fueron concebidas e implementadas para promover, legitimar, defender, reproducir la hegemonía del vencedor de la guerra y sus aliados, reordenando el mundo para el desarrollo. Tanto es así que, en la Rio+20, en 2012, esta institucionalidad, bajo el liderazgo de la Organización de las Naciones Unidas, institucionalizó los Objetivos del Desarrollo Sostenible (ODS), para el 2030, que no serán alcanzados, como los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) no fueron alcanzados en 2015. Las promesas oficiales globales, hechas en nombre del desarrollo, no son hechas para ser cumplidas, sino apenas para alimentar la ilusión de que la prosperidad, la felicidad y la paz prometidas para todos los pueblos están cada vez más próximas, dejando los pueblos pendientes de la cooperación internacional que les ayudará a disfrutar de los beneficios de dichas promesas. Los BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudá-

frica) son parte de esa institucionalidad y la están ampliando para incluirlos con el estatus de “economías emergentes”, aportando a la construcción de un mundo futuro constituido de economías pero sin sociedades ni ciudadanos. La segunda es la **institucionalidad progresista** que, en América Latina, emerge a partir de iniciativas de gobiernos cuyos discursos incluyen una fuerte crítica a la dinámica del orden corporativo mundial consolidada en la globalización neoliberal, pero sus prácticas institucionales (leyes, tratados, acuerdos, contratos, políticas, planes, programas, proyectos), como las que instituyen el neoextractivismo, o sea, el neomercantilismo, como su paradigma desarrollista, revelan que esos gobiernos no están en contra de la naturaleza capitalista —*racial, patriarcal, epistemicida, etnocida, ecocida*— de dicho orden violento, desigual, injusto. La Unasur, el Banco del Sur y la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) son parte de esa institucionalidad emergente, que desafía instituciones hegemónicas creadas por el vencedor de la Segunda Guerra Mundial, como la Organización de los Estados Americanos (OEA), pero no para superar sus contradicciones, sino para ignorarla y, así, aumentar los beneficios económicos derivados del orden capitalista vigente para los países participantes, bajo la misma lógica capitalista del proceso asimétrico vigente de producción, acceso, distribución y apropiación de la riqueza, cuyos subproductos principales son la opulencia y la miseria. La tercera es la **institucionalidad contra-hegemónica** creada por movimientos sociales y entidades de la sociedad civil, a pesar de que la mayoría de esas iniciativas institucionales son todavía rehenes de la misma institucionalidad que critican e intentan superar. Muchas, ingenuamente, abrazan o proponen *alternativas de desarrollo* sin percibir que, así como el progreso, el desarrollo no pasa de capitalismo, independiente de los adjetivos que sus ideólogos inventan para iludir a sus seguidores. La gran mayoría de los movimientos sociales e instituciones de la sociedad civil no percibe que “otro desarrollo” significa otro estilo de crecimiento económico, “desarrollo endógeno” es crecimiento económico desde adentro, “desarrollo local” es crecimiento económico desde lo local, “desarrollo territorial” es crecimiento económico que toma en cuenta el territorio, “desarrollo sostenible” es crecimiento económico que se sostiene en el tiempo, “economía verde” es, en palabras de Edgardo Lander, el lobo —*el capital*— vestido con el color —*verde*— de la piel de la oveja —*la naturaleza*— que quiere devorar.

Pero es esperanzador saber que crece el número de movimientos e instituciones sociales que aceptan que “problemas de desarrollo” no son superados con el reemplazo de viejos por nuevos adjetivos, ya que el problema es el mismo desarrollo, una palabra ambigua que oculta el capitalismo y la dicotomía superior-inferior que viabiliza su expansión incesante. Esos movimientos e instituciones ya hacen explícitas su disidencia y resistencia al sistema-mundo que oculta su naturaleza capitalista, racial, patriarcal, epistemicida, etnocida, ecocida, en la etiqueta de “desarrollo”. Esos son los sujetos políticos que están creando auténticas institucionalidades contra-hegemónicas, formales e informales, en diferentes formas: (1) movimientos sociales, como La Vía Campesina en el mundo, el zapatismo en México y el Movimiento de los Sin Tierra en Brasil; (2) Cumbres, como la Cumbre de los Pueblos; (3) foros, como el Foro Social Mundial; (4) declaraciones, como la Declaración del Foro Internacional de Agroecología, realizado en Nyéléni, Mali, del 23 al 27 de febrero de 2015; (5) asociaciones, como la Asociación Latinoamericana de Educación Radiofónica (ALER); (6) observatorios, como el Observatorio de la Crisis Sistémica (<https://forajidosdelanetwar.wordpress.com>); (7) boletines, como el Boletín de Nyéléni; (8) grupos activistas, como el Grupo ETC, que monitorea el poder corporativo, desarrollo imprudente de la biotecnología y la nanotecnología y erosión de la biodiversidad (www.etcgroup.org); (9) grupos *ad hoc* de pensadoras y pensadores

desobedientes, como el Grupo Permanente Sobre Alternativas al Desarrollo creado por la Fundación Rosa Luxemburgo en América Latina; (10) tribunales, como el Tribunal Permanente de los Pueblos; (11) redes, como la Red Latinoamericana Mujeres Transformando la Economía (REMTE) y Red Latinoamericana contra las Represas, por los Ríos, sus Comunidades y el Agua (REDLAR); (12) marchas, como la Marcha Mundial de Mujeres; (13) agencias, como la Agencia Latinoamericana de Información (ALAI).

FRL: *Mucho se habla de innovación institucional, uno de los lemas del neoliberalismo, que introduce lógicas empresariales a todas las dimensiones de la vida. Tu propones innovar la innovación (nosotros más bien hablaríamos de institucionalidades transformadoras). ¿A qué te refieres con eso de innovar la innovación?*

JSS: Primero, debemos preocuparnos menos con las palabras y más con sus significados. Cuando ciertas palabras, críticas para los juegos de lenguaje, como democracia, participación, educación, integración, son cooptadas por la institucionalidad hegemónica, no siempre es imprescindible reemplazarlas por otras. Por ejemplo, para criticar la educación (neo)colonial, Paulo Freire no reemplazó a la palabra educación por otra; él construyó un significado ‘otro’, político, epistémico y ético, para inspirar y orientar una práctica pedagógica liberadora. Igualmente, los movimientos sociales no reemplazaron a la palabra democracia para criticar la dictadura de la democracia representativa y proponer redes de democracia participativa, espacios para la democracia deliberativa y experimentos de democracia comunitaria. En el caso de la palabra innovación, no es imprescindible reemplazarla por otra, como transformación, hasta porque no toda transformación es necesariamente relevante, emancipadora *a priori*, ya que depende de quiénes, dónde, cuándo y con qué intención conciben e implementan el proceso transformador. Claro que la institucionalidad neoliberal cooptó la palabra y reconfiguró su significado, tanto para incorporar el mercado como principio rector de la vida social organizada como para establecer “la empresa” como la institución más importante del orden capitalista global, pero no inventó la palabra ni logró que todos adoptaran su racionalidad empresarial. Por ejemplo, la Red Nuevo Paradigma para la innovación institucional en América Latina, una especie de experimento social manejado exclusivamente por talentos (mujeres y hombres) latinoamericanos, innovó institucionalmente a sí misma para ser más relevantes en procesos de transformación institucional en la región, como en Cuba. La Red no reemplazó a la palabra innovación, sino que la resignificó, vinculando a ésta una regla política-epistémica-ética, a través del adjetivo ‘relevante’, con una función transgresora, para agregarle valor colectivo. Una **innovación relevante** emerge de procesos de interacción social con la participación de los que la necesitan y serán por ella impactados. Por eso, el **conocimiento significativo** para la creación de innovaciones relevantes es interactivamente generado y socialmente apropiado en el contexto de su aplicación (dimensión práctica) e implicaciones (dimensión ética).

Hablemos ahora de la expresión ‘innovación de la innovación’. Toda época histórica instituye un modo de innovación —*modo de interpretación + modo de intervención*— dominante que condiciona los modos de innovación particulares de los actores sociales, económicos, políticos, institucionales. La ciencia moderna de la época histórica del industrialismo instituyó el paradigma clásico de innovación —*universal, mecánico y neutral*— en el cual unos generan, otros transfieren y los demás adoptan, de forma mecánica y lineal, sin interacciones críticas entre esos actores y entre ellos y otros actores de la sociedad implicados en el proceso de innovación. En el contexto más amplio de la crisis civilizatoria en curso, dicho modo de innovación ha perdido su monopolio; después de

siglos de progreso y décadas de desarrollo, bajo la influencia de dicho paradigma, la humanidad nunca estuvo tan desigual y el Planeta tan vulnerable. El humo de la chimenea de una fábrica industrial, antes el símbolo máximo del industrialismo, ahora significa contaminación. El modo de innovación dominante durante esa época está en crisis, indicando que, antes de concebir nuevos productos, procesos y servicios, deberíamos primero innovar nuestra forma de innovar, divorciándonos de opciones universales, mecánicas y neutrales y abrazando o proponiendo opciones contextuales, interactivas y éticas, o sea, transformando radicalmente la forma dominante de ser, sentir, pensar, hacer, producir, consumir e incluso de hablar. Para innovar nuestra forma de innovar, más efectivo que reemplazar a la palabra innovación es transformar la naturaleza y dinámica del proceso de innovación a partir del concepto de innovación relevante y de premisas decoloniales. Entre esas premisas, consideremos, por ejemplo: (1) es sabio aprender inventando desde lo local para no perecer imitando desde lo global; (2) no es verdad que lo relevante existe siempre en ciertos idiomas, es creado siempre por ciertos actores y nos llega siempre desde ciertos lugares, que nunca coinciden con nuestros idiomas, actores y lugares; (3) no existe un modo de vida superior, el desarrollo, a aspirar y emular, ni un modo de vida inferior, el subdesarrollo, a rechazar y superar, porque todos siempre fuimos, somos y seremos diferentes; (4) la meta universal para todos los pueblos, ser desarrollados, es una invención ideológica para la dominación y explotación, el fin para todos los pueblos es ser felices con modos de vida sostenibles; (5) la amenaza a la vida humana y no humana en el Planeta es superada con alternativas al, y no con alternativas de, desarrollo; (6) la sostenibilidad es una propiedad emergente de la interacción solidaria entre todas las formas y modos de vida humana y no humana, por la interdependencia entre todas las especies; y (7) si, después de seis décadas de desarrollo, América Latina es la región más desigual del mundo, la institucionalidad que promovió y aún reproduce ese estado de cosas es parte del “orden del desarrollo”, o sea, del orden institucional del capitalismo global, y, por tanto, necesita ser reemplazado por una institucionalidad ‘otra’, orientada para la vida a partir del paradigma *Sumak Kawsay* (Buen Vivir)/*Suma Qamaña* (Vivir Bien) emergente en la Región Andina. La incorporación de premisas decoloniales, en modos de innovación particulares, ocurrirá a través de giros paradigmáticos dirigidos a la innovación de la innovación, como los giros (a) de lo universal, mecánico y neutral a lo contextual, interactivo y ético; (b) de la pedagogía de la respuesta a la pedagogía de la pregunta; (c) del cambio de las cosas al cambio de las personas que cambian las cosas, transformando sus modos de interpretación e intervención; (d) de la cooperación que distribuye “el pescado” o transfiere “el anzuelo” a la cooperación que comparte ‘el arte de hacer anzuelos’; (e) de proyectos de desarrollo de comunidades, concebidos por especialistas, a proyectos de vida comunitarios, concebidos e implementados bajo el liderazgo de las comunidades; (f) de la obsesión con la eficiencia al compromiso con la suficiencia (g) del enfoque antropocéntrico occidental a la perspectiva biocéntrica/espiritual del paradigma *Sumak Kawsay/Suma Qamaña*.

Finalmente, sin emoción no hay pasión y sin pasión no hay compromiso. La innovación de la innovación exige romper con la dictadura de la razón para movilizar la emoción, pasión y compromiso colectivos. Para construir institucionalidades contrahegemónicas, una de las tareas más urgentes es la identificación y cultivo de fuentes de emoción colectiva: una historia local, un sueño local. Entre las fuentes de emoción que cultivo personalmente están la indignación y la esperanza. Tanto que, si supiera hoy que el mundo acabaría mañana, no dormiría sembrando semillas preñadas de indignación y esperanza, para que germinaran en mentes críticas y corazones solidarios. Indignación con la “trampa del desarrollo”, que nos mantiene rehenes de *alternativas de desarrollo* para

superar problemas creados por el mismo desarrollo, o sea, por el capitalismo, y esperanza en el paradigma del Buen Vivir/Vivir Bien en construcción, que nos presiona para concebir *alternativas al desarrollo* y reencantar la vida. *Abya Yala* está preñada de una utopía ‘otra’. Desde lo más profundo del corazón y sabiduría de los pueblos originarios, la vida es rescatada como el origen, centro y fin de todo el pensar y actuar humano. Esa utopía no tiene origen en el Norte, que se impuso como el Norte del cambio para el cambio del Sur. Tiene origen en la Región Andina, que invierte la brújula geopolítica del cambio, transformándose en el Sur del cambio para el cambio del Sur y del Norte.

Por eso, siguiendo a Eduardo Gudynas, propongo la construcción del ‘día después del desarrollo’. Ese día comienza cuando Asia, América Latina y África sean regiones más indignadas para ser más solidarias y más solidarias para ser más soberanas; el día en que la educación reemplace la pedagogía de la respuesta por la pedagogía de la pregunta; el día en que no dependamos más de los conceptos, indicadores y marcos intelectuales que sustentan la idea de desarrollo y su dicotomía superior-inferior que nos clasifica y jerarquiza; el día en que nuestros pueblos abandonen la meta universal “ser desarrollados” por el fin contextual del Buen Vivir/Vivir Bien, o sea, ‘ser felices con modos de vida sostenibles’; el día en que decidamos pensar como Nosotros para ser Nosotros mismos. Para eso, y considerando que todo está en crisis incluso la forma dominante de pensar, necesitamos descolonizar el pensamiento contestando a preguntas decoloniales como: (a) ¿Quiénes inventaron las verdades que constituyen la visión de mundo hegemónica pautando la mayoría de nuestras decisiones y acciones? (b) ¿Desde qué lugar geográfico fueron enunciadas? (c) ¿En qué momento histórico fueron concebidas? (d) ¿Con qué intención político-ideológica fueron creadas? (e) ¿Qué proceso institucional las transfirió a nosotros? (f) ¿Qué instituciones todavía las reproducen entre nosotros?

Entonces, si nada es más importante que la vida, vale la pena investigar por qué todo ha sido ordenado para el “desarrollo”: educación, comunicación, innovación, cooperación, finanzas, indicadores, constituciones, leyes, políticas, postgrados, becas, programas, proyectos, instituciones. Desde una perspectiva decolonial, ha llegado la hora de desordenar el “orden” institucional del desarrollo y reorientar todo para la vida, a través de *alternativas al desarrollo*, incluso de institucionalidades alternativas a la del desarrollo. Si insistimos en la búsqueda de *alternativas de desarrollo*, en el falso altar del “desarrollo”, continuaremos reproduciendo en nuestra vida diaria el orden institucional del capitalismo global que amenaza la vida en el Planeta. ¿Hasta cuándo? ¿A qué costo?